

y del rey, canciones amorosas, etc., etc., dignas de mencion. Además se han conservado de aquella época muchas cartas, que son en parte verdaderos protocolos, memorias y correspondencia de los escribientes, y en parte trabajos de estudiantes, ejercicios retóricos y modelos de cartas. El valor material y formal de estos documentos varía naturalmente según el punto de vista desde que se les mire, pero de todas maneras contribuyen a trazarnos un cuadro animado de la vida y costumbres de aquellos tiempos y sobre todo de las esferas burocráticas de Egipto (1).

CAPITULO VIII

LOS ATAQUES DE LOS PUEBLOS MARÍTIMOS.—RAMESSES III

Desde mediados del reinado de Rameses II comienza a figurar entre sus hijos el llamado príncipe Cha'mus, que, según parece, estaba destinado a suceder a su padre en el trono y que en distintos puntos del país había dirigido, como representante de aquel, la celebración de varias fiestas religiosas. Estaba además investido del cargo de sumo sacerdote de Menfis y como tal le incumbía cuidar del fomento del culto de Apis y del entierro solemne de los toros sagrados. Según parece, era un hombre piadoso y sabio, y la leyenda lo pinta como gran hechicero y autor de textos mágicos (2). A pesar de todo, ni él ni sus hermanos, Amenherunamif, Amenherchopsef, Ra'msesu, etc., que siendo todavía niños habían acompañado a su padre a la guerra cheta, ocuparon el trono, pues Rameses II, como Luis XIV, sobrevivió no sólo a su generación sino a la siguiente. Cuando descendió al sepulcro, viejo y cansado de la vida, sucedióle en el gobierno Merneptah, que era el décimocuarto de sus hijos.

Durante el reinado de Merneptah ocurrió un suceso que arroja mucha luz sobre el estado en que se encontraban entonces los países del Mediterráneo. En el quinto año de su gobierno aparecen de repente en las fronteras orientales de Egipto pueblos extranjeros tales como los turschas, los schar-danas, los schakaruschas, los aqaiwaschas, como también los rukus (3). De estos «pueblos septentrionales procedentes de los países soberanos,» conocemos ya a los schar-danas, de quienes sabemos que residían muy lejos en el Mediterráneo, quizás en Cerdeña, y que su juventud emprendedora entró al servicio militar de los egipcios en tiempo de Rameses II y de sus sucesores. Las demás tribus son también designadas como pueblos «de los países del mar» y procedían indudablemente de territorios que los fenicios habían puesto en contacto con la civilización de Oriente y cuyos habitantes, atraídos por las riquezas del Este, deseaban visitar la patria de los mercaderes extranjeros con los cuales cambiaban preciosas mercancías. Así como en tiempo del imperio romano las tribus germánicas, antes de pensar seriamente en establecerse en él, no solo entraron a servir en los ejércitos de Roma sino que realizaron algunas expediciones de rapiña por tierra y por mar hasta países muy remotos y saquearon la Grecia y el Asia Menor, de la misma manera los habitantes de los territorios fronterizos del círculo de la civilización egipcio-asiática anterior dirigieron contra los egipcios sus rapiñas algunos siglos antes de que pudieran intentar seriamente establecerse

(1) Además de muchos trabajos de Chabas y de Goodwin, véanse especialmente Maspero: *Du genre épistolaire* (en la *Bibliothèque de l'école des hautes études*, XII), y Erman: *Egipto*, tomo I.

(2) Es el mismo que el príncipe Setnai, del cual un papiro demótico del tiempo de los Tolomeos refiere una historia de amor y de hechicería.

(3) Estos desempeñaron, al parecer, un papel insignificante en la coalición. Difícilmente tienen algo que ver con los rukas, a quienes hemos visto como súbditos de los chetas.

en el interior de Egipto y destruir su supremacía del Oriente. En esto estriba precisamente la importancia histórica de estos sucesos, a primera vista completamente efímeros, de los cuales nos han conservado noticia aunque poco coherente las magníficas inscripciones de los monarcas egipcios. La emancipación de Europa comienza: los salvajes y osados piratas que caen sobre el Egipto son los precursores del futuro predominio marítimo de la nación helénica.

Nunca podrá con seguridad averiguarse cuál era la patria de las citadas tribus, si el Asia Menor, Grecia o Italia. De los schar-danas ya hemos hablado; respecto de los schakaruschas se ha creído que procedían de Sicilia y en cuanto a los turschas, con razón se ha pensado en hacerlos descender de los tirrenos o etruscos, pues sabido es que en la antigua historia griega se nos presentan como pueblo pirata, que mantenía en continua zozobra no solo el mar occidental italiano, sino también las costas del mar Egeo (4). Mas problemática resulta la equiparación de los aqaiwaschas con los aqueos, sobre todo teniendo en cuenta que los primeros, según afirmación de los egipcios, estaban circuncidados, al revés de lo que con sus compañeros acontecía.

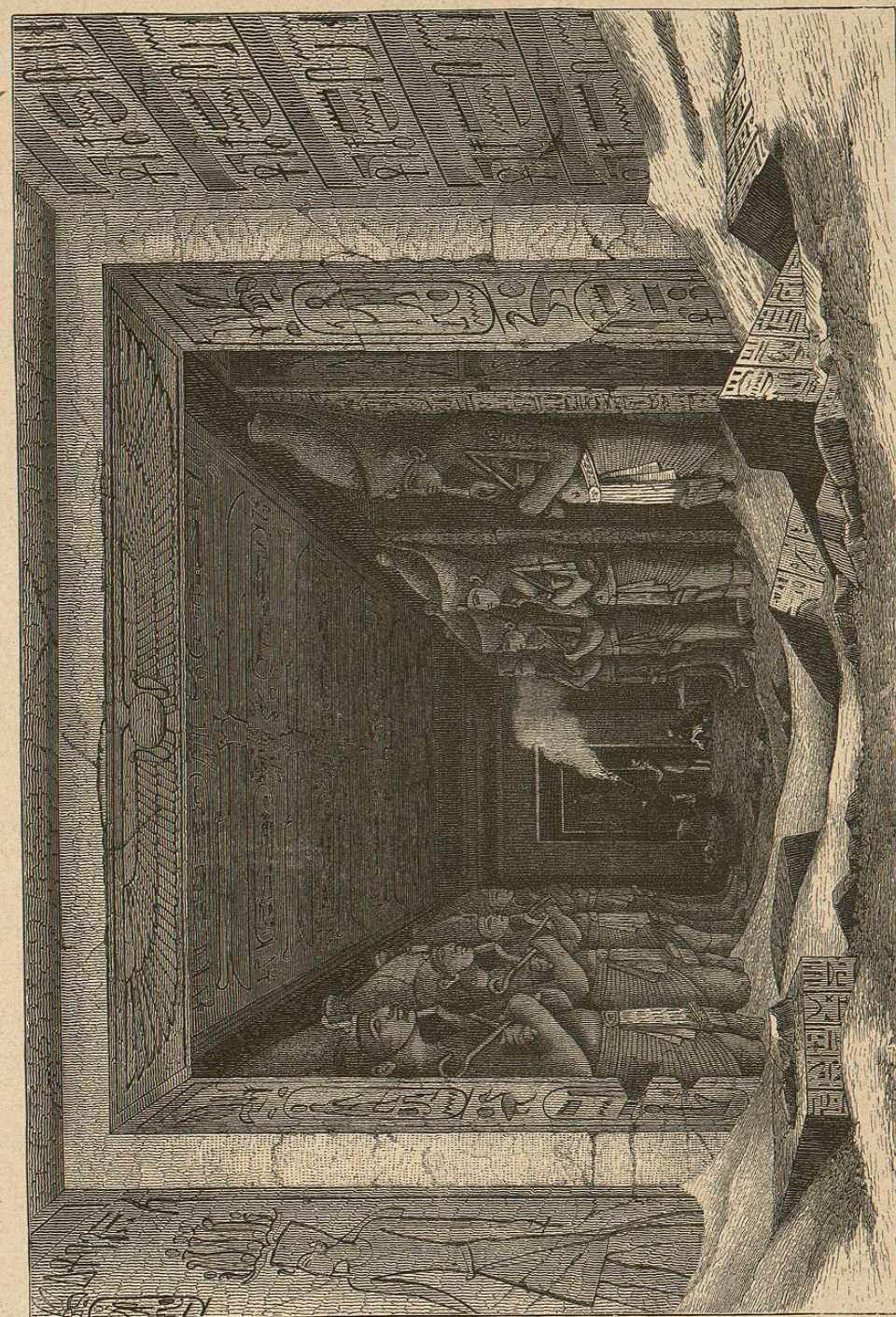
La relación egipcia no dice cómo estas distintas tribus se encontraron ni cómo recorrieron el camino al través de los mares; a ello pudo haber contribuido la noticia de la muerte de Rameses II y de un relajamiento interior de Egipto, pues los pueblos no han vivido nunca tan aislados como a primera vista parece, y es imposible que cesaran en absoluto las comunicaciones entre los schar-danas que estaban al servicio de Egipto, por ejemplo, y su patria. Los sucesos que se desarrollaron en el imperio cheta debieron de ejercer también su influencia, sobre todo en el caso de que una u otra de las tribus procediera del Asia Menor, porque algunas décadas después, al reproducirse los mismos acontecimientos, aunque en mucho mayor escala, se nos presenta clara esta cohesión.

Los vacíos que contiene la relación egipcia de la victoria no permiten, por desgracia, deducir con certeza cuál fuese el número de los agresores. En la lucha sucumbieron 222 schakaruschas y 742 turschas: mayor fué todavía, al parecer, el número de los aqaiwaschas, de suerte que de todos modos debió de ascender a muchos millares el de los hombres de distintos pueblos que se juntaron para esta expedición de rapiña.

La travesía por mar condujo a este hormiguero de gentes al territorio de la que después se llamó la Cirenaica, en el país de los libios (en sentido estricto, Rebu egipcio). (5), donde fueron recibidos con júbilo como bienvenidos aliados. Los mismos libios, tribus guerreras y semi-nómadas, habían sido reclutados, desde hacía muchos años, para formar parte del ejército egipcio, y también ellos fueron arrastrados por la expedición guerrera al rico valle del Nilo, en cuyos distritos

(4) La identidad de los tirrenos de Lemnos con los etruscos, que yo mismo en otro lugar he combatido, resulta indudable desde el descubrimiento de una inscripción lémnica escrita en lengua indígena.

(5) La gran relación de la victoria de Merneptah en Karnak (Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo I, 1-6; Mariette: *Karnak*, 52-55) completada en gran parte por los fragmentos de la inscripción de Menfis que publicó Maspero en la *Revista Egipcia*, 1881, pág. 118, y 1883, páginas 65-67, solo se ha conservado por desgracia fragmentariamente, ofreciendo grandes dificultades el llenar los vacíos. Brugsch, en su *Historia de Egipto*, pág. 568, ha completado las primeras líneas haciendo aparecer en ellas la invasión de los libios, lo cual es imposible, pues de ella no se habla hasta en la línea 13 (véase *Revista Egipcia*, 1881, página 118). Igualmente infundado es lo que consigné en mi *Historia de la Antigüedad*, tomo I, § 260, refiriendo los datos de las primeras líneas a los pueblos marítimos y separando su ataque del de los libios. La verdadera es la que en pocas palabras consigno ahora en el texto. Resulta, por lo tanto, errónea una parte de las consecuencias que en mi citada obra deduje.



Vista interior del gran templo de Abu-Simbel

occidentales encontraron una poblacion á ellos parecida. Por esto el caudillo libio, Mar'ayu, hijo de Did, hizo un llamamiento á los jeques de su pueblo, y con un formidable ejército (6,359 libios fueron muertos despues por los egipcios en el campo de batalla) y acompañado de sus mujeres y de sus hijos, atravesó el territorio de Tehenu por Marmárica dirigiéndose al valle del Nilo. Los pueblos marítimos le siguieron y un contingente de otras tribus libias, como los maschauschas (1), se unió á aquella expedicion que tan rico botin prometia.

El rey Merneptah se hallaba precisamente en el delta oriental ocupado en aumentar las fortificaciones de Heliópolis y de Menfis, para mejor asegurar al Egipto contra las invasiones de las tribus del desierto, y en roturar el distrito de Perbairrest (Byblos) cerca del Wadi-Tumilat, en el cual hasta entonces habian acampado los nómadas con sus rebaños, cuando llegó á él la noticia de que el príncipe libio con sus aliados habia invadido el Oeste y avanzado hasta Per-arscheps (Prosopis). Esta noticia aterró á los egipcios, que recordaron los tiempos (muchos siglos antes) en que los bárbaros del Norte habian conquistado el país del Nilo y saqueado sus templos y ciudades. Pero en la ocasion presente el peligro fué destruido, pues el rey envió contra el enemigo todas sus fuerzas (2), las cuales, despues de seis horas de combate, consiguieron en Prosopis una brillante victoria, debida en primer término al valor de las tropas mercenarias que lucharon contra sus propios paisanos. El campo quedó cubierto de diez mil cadáveres á los cuales se les cortaron, como trofeos del triunfo, á unos las manos y á otros las partes genitales; el número de prisioneros no fué menor. Mar'ayu logró escapar, pero la mayor parte de sus mujeres é hijos y muchos caudillos libios cayeron vivos ó muertos en poder de los egipcios (aproximadamente en 1230 antes de J. C.).

Quedaba, pues, por de pronto dominado el peligro; el porvenir, sin embargo, debia demostrar que la solucion no era definitiva.

Pocos años sobrevivió Merneptah á su victoria, pero todavia pudo gobernar sobre todo el imperio de su padre y aun fué amigo del rey cheta, y habiéndose dejado sentir el hambre en Siria, envió como socorros al Estado vecino buques cargados de trigo (3). Esto no obstante, no cabe poner en duda que en su tiempo, y aun en los últimos años de su padre, se iniciaron en todas partes los síntomas de la decadencia, no siendo el anciano rey el hombre mas á propósito para combatirlos, y de ello es buena prueba el no haber realizado construccion alguna, limitándose exclusivamente á usurpar en grande escala obras antiguas. A su muerte estalló la crisis, pues su hijo Seti II conservó el trono muy pocos años y sucumbió, segun todas las probabilidades, víctima de una revolucion, ya que despues de él (4) gobiernan en Egipto dos soberanos ilegítimos, Amenmeses y Merneptah II Siptah, cuya memoria fué, á su muerte, perseguida y destruidos sus sepulcros. Uno y otro apenas dejaron monumentos; no obstante, Amenmeses tuvo tiempo para restaurar un edificio de

Haremhebi y de Seti I en Medinet-Abu. Algunos otros efímeros soberanos consiguieron quizás ceñir pasajeramente la corona, pero sus nombres no han llegado hasta nosotros.

Como es natural, tambien esta vez los desórdenes trajeron como consecuencia la falta de monumentos. Algunas disensiones intestinas entre los miembros de la familia reinante y la aparicion de una línea colateral con supuestos mejores derechos al trono, pudieron haber sido motivo aparente de la lucha (5). Que detrás de esto habia, como en tiempo de la décimatercera dinastía, otros elementos; que ambiciosos y descontentos magnates elevaron al solio real ora á éste ora á aquel pretendiente; que los elementos particularistas intentaron nuevamente adquirir importancia; que hasta las tropas mercenarias representaron en todo ello su papel, cosas son de todo punto evidentes. El rey Ramesces III refiere: «El desórden se habia apoderado del país de Qemt; cada cual hacia lo que le dictaba su capricho, pues allí no habia soberano. El país estaba en poder de los magnates y los jefes de las ciudades eran dueños de él y se mataban unos á otros por arrogancia y por orgullo (?) (6).» Se encuentra una interesante explicacion de este estado de cosas en la inscripcion de un tal Bai, que durante el reinado de Siptah se alaba «de haber extirpado la mentira, restablecido la justicia y puesto al rey en el trono de su padre (Amenmeses?),» á consecuencia de lo cual este hacedor de reyes fué recompensado con toda clase de honores, llamándose á sí mismo «tesorero mayor, y poderoso sobre todo el país (7).» Por lo demás, Siptah intentó consolidarse en el trono casándose, al efecto, con la princesa Tausert, perteneciente de seguro á la dinastía legítima, y reinó tres años, por lo menos, sobre el Egipto.

Otro elemento intervino, además, en estas luchas, á saber, los asiáticos, que en gran número habian acudido á Egipto y á quienes, segun hemos visto, no se excluía de las mas altas dignidades dentro del Estado. En efecto, una inscripcion funeraria de Abydos demuestra que en tiempo de Merneptah un tal Benmazana (ó Ben'azana), hijo de Jupa'a de Zarbasana (8), que adoptó en Egipto el nombre de «Ramesces en el templo de Ra,» fué investido del elevado cargo de «primer orador de su majestad,» es decir, algo como mayordomo de la corte. No puede, por tanto, sorprendernos que los extranjeros aparezcan mezclados en las luchas intestinas. Ramesces III dice que despues de los referidos sucesos «un sirio (Charu) llamado Arsu se colocó como soberano entre los dinastas y se hizo pagar tributo por todo el país.» No era esta una dominacion propiamente extranjera apoyada en la conquista; Arsu era simplemente un usurpador de extranjero origen. Pero de todos modos su gobierno se dejó sentir muy duramente en el país, pues que atendió, en primer término, á favorecer á sus paisanos. «Cada uno se unió con los demás para robar.» Mostrábase naturalmente cruel con los egipcios y sus intereses; los dioses fueron maltratados y los tesoros y rentas de los templos confiscados. «Con los dioses pasó lo que con los hombres: no se hizo en los templos sacrificio alguno.»

(1) Quizás hay que buscarlos al Oeste de Cirene, en el territorio de las Sirtes: se les ha identificado con los maxyernes de Herodoto, que habitan en la pequeña Sirte.

(2) Segun la traduccion corriente de la gran inscripcion de Merneptah, el rey permaneció alejado del combate en virtud de un mandato que en sueños le dió el dios Ptah. Paréceme, sin embargo, dudoso que esta traduccion sea la buena, creyendo mas probable que el dios se limitara á infundir valor al rey y á prometerle la victoria.

(3) Inscripcion de Merneptah, línea 24.

(4) La serie de estos soberanos es insegura; Seti II pudo haber reinado entre los dos pretendientes ó despues de ellos. En los dos monumentos que ha dejado, su nombre ha sido borrado en diferentes sitios. (Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 204, c, d.)

(5) Generalmente se admite, tomándolo de Lepsius (*Monumentos*, tomo III, 201, c) que Amenmeses descendia de la ciudad de Aphroditópolis, cuando lo que la mutilada inscripcion dice es mas bien que el rey era «hijo de Amon, el sér divino que ha salido de su cuerpo... amamantado por Isis en Chebit (la sagrada isla de Buto en el delta) para rey de Egipto.» Aquí se aplica al rey la leyenda de Horo, que fué criado por su madre en la remota isla de los pantanos del delta para protegerlo contra las asechanzas de Set, del mismo modo que se aplica tambien á Tutmosis III, por ejemplo. El texto solo dice que el (supuesto) legítimo rey se crió oculto y fué objeto de asechanzas.

(6) Así lo dice Erman: *Egipto*, tomo I, pág. 79.

(7) Lepsius: *Monumentos*, tomo III, 202 a, c.

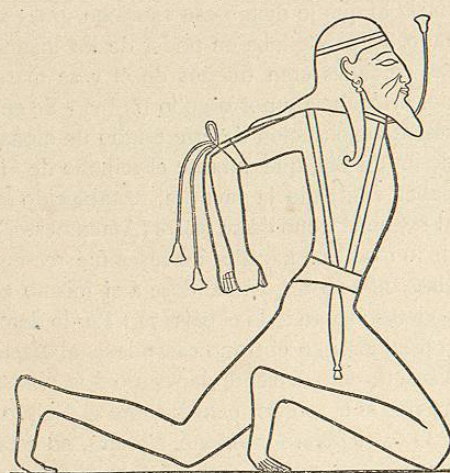
(8) Este lugar es por desgracia desconocido. Véase la inscripcion en Mariette: *Abydos*, tomo II, pág. 50.

Es indudable que el usurpador trató de reducir las excesivas rentas de que los dioses disfrutaban, con lo cual se atrajo la irreconciliable enemistad del poderoso sacerdocio.

Segun el texto literal de los datos de Ramesces III, los desórdenes duraron muchos años (1); el Estado egipcio parecía correr rápidamente hácia su completa ruina. Sin embargo, pudo esta ruina ser contenida: «Los dioses cambiaron las cosas en bien y devolvieron al país su estado normal, poniendo en su gran trono como soberano de todo el país y como rey á Setnecht (ó Nechtset), su hijo, que salió de su cuerpo.» Este consiguió sojuzgar á sus enemigos y restablecer la tranquilidad. «Restableció el órden en todo el país que se hallaba sublevado, mató á los malvados que había en Egipto, purificó el gran trono de Egipto y fué soberano de los dos países en la residencia de Tum.» Fué un rey afecto al corazon de

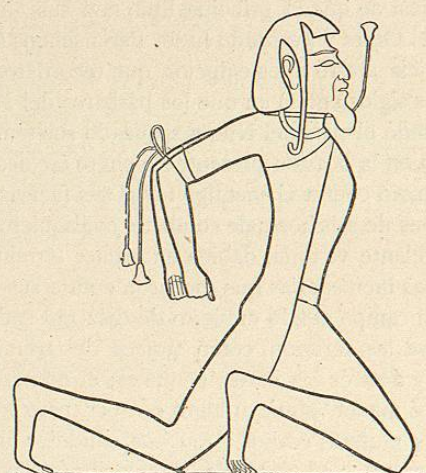
los dioses, es decir, al sacerdocio, y cuidó de que les fuese devuelto lo que les correspondía. «Dotó á los templos de rentas para los sacrificios á los dioses conforme á sus preceptos.» Es indudable que Setnecht debió su entronizamiento principalmente al sacerdocio, que tan maltratado había sido por el usurpador.

Con el rey Setnecht se suele iniciar la vigésima dinastía, aunque probablemente fué un descendiente de la dinastía legítima, quizás hijo de Seti II (2). Es digno de notarse que tomó para sí el sepulcro de Siptah y de su esposa y que mandara sustituir por el suyo propio el nombre del odiado usurpador. Mas sea lo que fuere, el verdadero reorganizador del país apenas nos ha dejado ningun monumento. Solo su hijo, en quien él veía el restaurador del brillante período de Ramesces II y á quien puso por esta razon el nombre de Rames-



Caudillo de los libios.

(Medinet-Abu, segun Rosellini.)



Caudillo de los maschauaschas.

ces III, pudo pensar en la construccion de nuevos edificios. El nuevo soberano no concibió su mision mas que en este sentido y en cuanto le fué dado copió á sus grandes antecesores y hasta puso á sus hijos los mismos nombres y títulos de los hijos de Ramesces II y en el mismo órden en que estos los habían llevado.

En el interior, Ramesces III siguió el ejemplo de la actividad restauradora de su padre. Se han encontrado en Elefantina fragmentos de un edicto (3) en el cual el rey ordena «que los templos del Sur sean purificados de todo aquello que abominen los dioses,» «que se investiguen las prestaciones para los sacrificios, que se dé proteccion á los habitantes,» «que se haga justicia (verdad) y que se destruya la mentira,» es decir: que se restablezca el verdadero culto y se restituya á los dioses lo que les había sido arrebatado.

En el exterior pudo devolver el antiguo prestigio al tan maltrecho poderío del imperio. Quizás habían conservado los egipcios algunos restos de las posesiones que en Palestina tenían, pero en el Oeste las tribus libias habían invadido de nuevo el país y en su poder estaban los distritos fronterizos del Oeste del Nilo hasta Menfis. «Los libios (en la acepcion restringida) y los maschauaschas se habían establecido en Egipto y apoderándose de las poblaciones de los territorios occiden-

(1) Confirma este aserto tambien el modo cómo Ramesces III copió á sus antecesores de su mismo nombre. He calculado, por supuesto segun apreciacion simplemente aproximada, que desde la muerte de Ramesces II hasta el entronizamiento de Ramesces III mediaron 50 años.

(2) Véase la lista de los antecesores legítimos de Ramesces III. Lepsius: *Monumentos*, tomo III, pág. 212.

(3) J. de Rouge: *Inscr. hiérog.*, pág. 258.

tales desde Menfis hasta Qarbana; habían llegado al Nilo por todos lados y ocupado desde hacia muchos años el distrito de Kanopos (Gaut).» De su patria habían llegado nuevos refuerzos: las tribus de los asabatas, de los qaiqaschas, de los schaiteps, de los hasas y de los baqanas eran consideradas como compañeras suyas; muchos caudillos estaban al frente de ellas, como Didi, Maschaken, Mar'ayu, Zamar y otros, y sus expediciones de rapiña se extendían hasta remotos territorios. «Sus guerreros pensaban: queremos embriagarnos hasta el gran contento; sus jeques (4) decían para sus adentros: queremos saciar nuestro corazon con el robo. Pero sus planes fueron aniquilados y destruidos por la voluntad de Dios.» En el quinto año de su reinado salió Ramesces III contra ellos y los arrojó del país. Los maschauaschas renovaron sus ataques penetrando en el país de Tehenu y dirigiéndose contra Egipto mandados por el caudillo Maschaschar, hijo de Kapur, saqueando y quemando cuanto á su paso encontraban; pero tambien esta vez salió victorioso Ramesces III, el cual les causó la pérdida de 2,175 muertos y 1,211 prisioneros, entre ellos un príncipe y cinco caudillos, sin contar las mujeres ni los niños (5). El resto del derrotado ejército con su caudillo regresó á su patria en desordenada fuga. «Así impedí que los libios pasaran las fronteras de Egipto. En cuanto á los muchos prisioneros, los llevé atados como pájaros (en triunfo) delante de mis caballos, lo propio que á sus mujeres, hijos

(4) Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, pág. 46, 27, usa la palabra *mes*, «soberano,» que tambien se encuentra en la *Revista Egipcia*, 1883, pág. 69, segun así lo ha reconocido Erman.

(5) El número de los últimos era: 152 mozos (siervos), 131 niños, 342 mujeres, 65 criadas y 151 niñas.

y ganados. Encerré á sus jefes en castillos que habían sido contruidos en mi nombre y les puse mayordomos.» Otros fueron destinados como esclavos á las galeras y marcados con el nombre del rey; los rebaños fueron regalados al templo de Amon como parte del botin.

De esta suerte quedó nuevamente asegurada la frontera occidental. En el tiempo que medió entre las dos campañas libias, Ramesces III en el octavo año de su reinado tuvo que sostener una lucha mucho mas importante. En efecto, los pueblos marítimos volvieron á apercibirse para atacar los territorios orientales; pero esta vez no se trataba simplemente de una expedicion de rapiña, sino de una verdadera emigracion de pueblos. Los schardanas, turuschas y schakaruschas, á quienes ya conocemos desde los tiempos de Merneptah (1), y además los danaunas, procedentes de sus islas, los zakkaris

y purstas, los uaschasch del mar, se juntaron y penetraron en Siria por tierra y por mar. Los dibujos egipcios nos presentan á la mayor parte de estas tribus con sus armamentos nacionales: los schardanas llevan el yelmo con la media luna que nos es ya conocido; los purstas y los zakkaris cubren sus cabezas con unos gorros; todos tienen el mismo tipo, tan distante del egipcio como del semita, y todos se nos presentan vestidos del mismo modo, por ejemplo como el guerrero que corresponde al retrato de los purstas y que figuraba entre las tropas del rey cheta en tiempo de Ramesces II (véase el grabado en una página anterior). Esta circunstancia y la de verificarse el ataque por tierra y de comenzar por el Norte de Siria demuestran que la patria de algunas, por lo menos, de estas tribus era el Asia Menor. Parece concordar con la invasion de que nos hablan las fuentes egipcias, el hecho de que, segun los



Caudillo de los zakkaris.

(Medinet-Abu.)



Caudillo de los schardanas.

datos asirios, allá por el año 1175 antes de J. C. los cinco reyes de los muschkayas, pueblo del Asia Menor, conquistaron la comarca de Kummuch (Comagene) en el Norte de Siria, á ambos lados del Eufrates, y arrebataron varias provincias á los asirios de Mesopotamia.

Por lo demás se nos presentan sobre este particular muchas cosas completamente oscuras, siendo especialmente sensible que falten en absoluto los datos acerca del camino en el cual se juntaron todas estas distintas poblaciones. No cabe duda alguna de que en la coalicion entraron otras tribus además de las del Asia Menor; la patria de los schardanas era otra y en cuanto á los danaunas quizás podríamos reconocer en ellos el nombre de dánaos con que se designaba á sí misma en remotos tiempos una parte de los helenos. Como la leyenda griega hace proceder de Egipto á su padre primitivo, Dánao, no sería extraño que en esto se ocultara un pálido recuerdo de la expedicion guerrera de los danaunas á Egipto.

Sea de esto lo que fuere, una simple mirada sobre los dibujos egipcios nos demuestra que esta expedicion no fué ni mas ni menos que una emigracion de pueblos del mismo género que las expediciones guerreras de los cimerios y escitas en el siglo séptimo, de los galos en el tercero y de los teutones en el segundo antes de la era cristiana. Las mujeres y los hijos de los bárbaros siguen á estos en carros de dos ruedas tirados por bueyes y acompañales una flota de grandes canoas abiertas con largos y puntiagudos espolones (2). Los purstas y zak-

karis, los schardanas y danaunas, como posteriormente los hunos y los mogoles y turcos, atravesarian probablemente extensos territorios arrastrando consigo á su paso antes de llegar al término de su correría á las poblaciones mas diferentes y por su origen completamente extrañas á ellos. De todas maneras, es positivo que su primer choque en el territorio de la civilizacion oriental ocurrió en el reino cheta. Quizás las expediciones militares de los chetas al Asia Menor fueron el motivo ocasional de esta invasion, favorecida, por otra parte, por el estado interior del reino cheta, que nunca logró consolidarse y que probablemente entonces estaba en completa decadencia. De todos modos, los chetas no pudieron resistir el ataque y fueron completamente arrollados.

Oigamos, sin embargo, lo que acerca de este suceso dice Ramesces III en su inscripcion triunfal, que por desgracia no ha llegado completamente íntegra hasta nosotros. «Las tribus bárbaras se habían puesto en movimiento desde sus islas (3) y cayeron de una vez sobre los países. Ningun pueblo pudo resistir á sus armas, desde Cheta á Qedi, Kartamisch, Arados y Arsa (4). Todo lo devastaron, y situaron su campamento en

embarcaciones de los bárbaros se les parecían mucho: el mástil coronado por una gavia, las velas y los remos son en unas y otros completamente análogos.

(3) «Los pueblos que habían venido de sus islas del gran mar,» dice Dumichen en las *Inscripciones históricas*, tomo II, 47 a. No hay que perder de vista naturalmente que lo que los egipcios consideraban como islas pudo muy bien ser una parte del continente.

(4) Este país aparece en la lista de Tutmosis III con el número 213 y tambien en el *Pap. Anast.*, IV, pág. 17, 8. (Véase Brugsch: *Vocabulario*, suplemento, 1294), en donde se hace mencion, además de los «caballos de Sengar y de los toros de Cheta,» de «las vacas de Arsa.»

(1) Los aqaiuaschas y los rukus no son en esta ocasion mencionados.

(2) Los barcos egipcios estaban indudablemente mejor contruidos, y sus espolones iban adornados con cabezas de leon. Fuera de esto, las